

gar de beber se levantaron repentinamente con respeto.

El marqués de Pontalés, que acababa de entrar sin causar ruido, se había sentado á la mesa.

El antiguo bandido y el abogado permanecían de pié con el vaso en la mano y asombrados.

Al rostro de Pontalés asomaba una dulce sonrisa.

Atrajo hácia sí la polla y se sirvió un alon.

Le-Hivain y Bibandier esperaban que les mandase que se sentasen.

Pontalés comió el alon y bebió un vaso de vino con manifiesto placer.

Despues compartió entre sus dos compañeros un signo de cabeza protector.

—Estoy satisfecho de vosotros, hijos míos, dijo con su tranquilidad de costumbre. Id á comer al zaguan.



## VIII.

### EL PATIO DE LAS MENSAJERIAS.

Eran cerca de las ocho de la mañana. En el patio del edificio de las mensajerías en Rennes se causaba mucho ruido. Era la hora de la salida para Paris. En medio del patio se estacionaba un carruaje amarillo estrecho por la base, ancho por arriba y cuya construcción parecia calculada para las mayores desgracias posibles.

En torno de ese carruaje, al que estaban ya enganchados tres caballos condenados por diversas enfermedades, bullia multitud de viajeros, mozos y mendigos.

Habia allí esa familia que ocupa el interior de las diligencias desde el tiempo de su invencion, el padre con su gorro de seda negra y el gran saco

de noche, la madre que lleva el cestillo de las provisiones lleno de fiambre, y por cuya entrada se dejan ver las gargantas de las botellas, las dos niñas adornadas con dos antiquísimos sombreros, y la doncella con los tres pequenuelos que pagan medio asiento.

Esta familia llena por sí sola un patio de mensajerías con los infinitos amigos que van á llorar su partida y á desearle buen viaje. Se encarga de todas las comisiones y encargos de la poblacion.

Para la rotonda habia el jóven que va á hacer fortuna en Paris, llevando consigo aquel precioso manuscrito de una tragedia que el Teatro Francés ¡ay! no querrá poner en escena, la pobre jóven que antes de un mes encontrareis tal vez bulliciosa y alegre ocupando un paleo de la ópera, en fin, la nodriza discreta, basta, colorada, que va á ver si Paris le da un vástago real que alimentar.

Para el imperial dos hombres con bigotes y con pipas.

Quedaba únicamente ese departamento aristocrático, la berlina, que en Rennes se llama ahora el *cabriolet*.

Entre la multitud charlatana y curiosa que rodeaba el carruaje se decia que un caballero recién llegado de Brest habia tomado para él solo todo el *cabriolet*. Añadíase que este caballero ora inglés, y que los ingleses son tan originales que no hacen nada como el resto de los demás hombres.

Los mendigos y los ociosos que lo habian visto

llegar la vispera por la noche, afirmaban que era buen mozo y militar además.

Habiase apeado en la fonda de Francia, cuyas puertas dan al patio de las mensajerías. Allí habia encontrado dos grandes negros y una dama con sus criados.

Todas estas personas, que parecian formar parte de su casa, habian llegado á Rennes al mismo tiempo que él, pero en dos sillas de posta llenas de equipaje.

¿Por qué viajaba él en *cabriolet* mientras que la dama iba en silla de posta? ¿Por qué sobre todo se instalaban los dos negros en una cómoda berlina, mientras que su amo iba en una molesta diligencia?

—[Los ingleses! . . . ¡los ingleses! . . .

Comenzaban las anécdotas. Uno habia conocido un *goddam* que comia la sopa con los postres; el otro habia visitado á un gentleman que viajaba en su propio caballo, únicamente que este gentleman tenia siempre de la brida á su caballo, y otras rarezas de la misma clase.

Cuanto mas se hablaba de las ridiculeces británicas, mas se fijaban las miradas curiosas en la puerta de la fonda de Francia, por donde debia pasar el inglés para entrar en el patio de las mensajerías.

La hora de la partida habia llegado; el inglés se hacia esperar.

La familia del interior, el estudiante y la gruesa

nodriza comenzaban á murmurar contra los privilegios de las personas ricas.

—¿Vendrá hoy ó mañana el inglismanglis? decía la doncella.

—Si se tratara de un pobre desgraciado, añadió la nodriza, se dejaría que se reventase corriendo detrás de la diligencia.

Los mendigos gemían.

—Buenas almas caritativas, buenos cristianos, por el amor de Dios.

Los mozos gritaban.

De pronto cesaron todas aquellas conversaciones, reinando un profundo silencio. Acababa de abrirse la puerta de la fonda de Francia, mostrándose en el dintel los dos negros del inglés.

—¡Qué dos cuervos tan hermosos! dijo la nodriza.

En efecto, eran dos negros magníficos vestidos con una rica librea y adornados de turbantes blancos que hacían resaltar el negro luciente de su piel.

Atravesaron el patio sin ocuparse de aquellas miradas fijadas en ellos con tanta avidez, y dejaron en la berlina una capa, una bufanda de cachemir y un cojín de pluma lindísimo.

—Con eso, dijo uno de los hombres que ocupaban el imperial, no tendrá sabañones el inglés.

El estudiante, filósofo por necesidad, dirigía á la rica capa y al cojín miradas de desprecio.

Los dos negros se retiraron en silencio cual habían ido, y el inglés apareció á su vez en la puerta de la fonda.

Era un hombre de aspecto noble y verdaderamente notable. Ese epíteto de original que la provincia concede al primero que deja crecer sus cabellos ó la barba y lleva un sombrero ridículo, no era aplicable al inglés.

Hubo en la multitud un murmullo de admiración, íbamos á decir de respeto.

El inglés, sin embargo, no llevaba mas que un traje de viaje bastante sencillo. Una levita abrochada, como entonces era moda, oprimía sus caderas, marcándole la cintura muy alta. Por adorno llevaba una gorrita inglesa de la que se escapaban en bucles naturales sus cabellos negros sedosos.

Mientras atravesaba lentamente el patio pudieron todos admirar su fisonomía noble y arrogante y el perfil regular de sus facciones, tostadas por el sol.

Una nube de esos mendigos asquerosos que pululan en las calles de Rennes se oprimía á su paso, dando estentóreas y descompasadas voces y lamentos.

La multitud, que creía que el inglés iba á llenarles las manos de oro, se engañó, pues ni aun aparentó advertirla, y subió á la berlina, cuya portezuela cerró.

—¡En marchal! gritó el conductor.

El postillon chasqueó el látigo.

—Buena alma caritativa, decía el coro quejumbroso de mendigos, buen cristiano, por el amor de Dios.

Y el mismo coro gritaba aparte:

—¡Pícaro inglés!... ¡cómo pudiéramos tostarle vivo!

Los curiosos se admiraban diciendo:

—El caso es que ese ricacho pudiera darles algunas monedas de dos cuartos. Pero los ingleses tienen el corazón más duro que una piedra.

En el momento en que se ponía en movimiento el carruaje salió por la ventanilla de la berlina una mano blanca y fina, y un puñado de luises de oro cayó de pronto en el suelo.

Entonces se dió una espantosa batalla entre los mendigos.

Los más ancianos no hacían memoria de haber visto en su vida ni aun de haber oído contar una espléndida semejanza. Los curiosos abrían desmesurados ojos, y más de uno entre ellos tenía buenos deseos de tomar parte en la contienda.

Mientras que los mendigos, hombres, mujeres y niños, se estrujaban unos contra otros con un valor digno de mejor recompensa, la diligencia, apenas movida, sufría un retraso en la puerta misma del patio.

Todo el mundo se lanzó hacia aquella parte con la esperanza de un accidente; pero no era más que un viajero que llevaba una maletilla de poco peso y pedía un asiento para París.

En medio de la calle no se hubieran detenido seguramente para oír las instancias de este viajero desconocido; pero bajo la estrecha bóveda que se

para la vía pública del patio de las mensajerías renesas un solo hombre forma un obstáculo y basta para disputar el paso al pabellón más absoluto.

Es forzoso parlamentar.

El conductor se inclinó y dijo:

—Caballero, va lleno el coche... pasado mañana sale otro.

El viajero era nada menos que nuestro amigo Enrique Moreau, el pintor, que llegaba de Redon con su ligero equipaje.

—Sin embargo, es preciso que yo marche hoy, dijo.

—Si no hay asiento.

—No soy exigente... me pondré en cualquiera parte.

—¡Vaya con el hombre, y qué terco es! murmuró el conductor: cuando os digo que está lleno todo el carruaje... Dirigíos ahí enfrente á la competencia: no hay cuidado que os nieguen ahí asiento.

—Sin embargo, me lo han negado ya.

—Entonces apartaos si gustais y adelante, postillon.

El postillon hizo chasquear el látigo; los caballos piafaron.

Enrique permaneció firme en medio de la bóveda como un espartano en las Termópilas.

Curiosos y no curiosos se oprimían en el patio á la entrada de la bóveda, procurando en vano reconocer la naturaleza del obstáculo que así detenía á diligencia en el momento de la salida.

—Estará malo un caballo, decia uno.

—Pero vaya un milor generoso.

—Cuando ellos se ponen á ser generosos lo son mas que los príncipes.

Los mas delgados procuraban deslizarse en el espacio estrecho que quedaba entre las ruedas y la pared de la bóveda: los mas listos atravesaban el piso bajo de la fonda de Francia para llegar pronto á la calle.

Enrique, sin embargo, no se desanimaba.

—¡Eh! conductor, decia sin abandonar su ventajosa posicion, desde aquí estoy viendo que es únicamente mala voluntad, porque en la berlina hay dos asientos vacíos.

—Están tomados por milor, replicó el conductor.

—Os estais burlando.... ¿Necesita acaso nuestro milor dos asientos para él solo?

A este último apóstrofe se vió asomar á la ventanilla de la berlina la hermosa y fria fisonomía del inglés. Durante uno ó dos segundos examinó con aire profundamente indiferente á nuestro joven pintor, que gesticulaba delante del carruaje.

Luego metió la cabeza, recostándola cómodamente en uno de los almohadones de la berlina.

—Será preciso que me baje, exclamó el conductor encolerizado.

Puesto que necesitais un asiento, mi lindo mozo, voy á procuraroslo inmediatamente en la policia; si no os quitais de delante antes de un segundo.

—¿Qué sucede? ¿qué pasa? preguntaban los curiosos que habian conseguido ocupar la calle.

El conductor respondió apeándose:

—Este currutaco que quiere ocupar los asientos de milor.

—¡Los asientos de milor! gritó indignada la multitud; que se quite de en medio ese monigote.

—Vaya una exigencia!

—Postillon, dale con el látigo en la cara y hazle que se aparte.

Los mendigos se remangaban las mangas de sus ennegrecidas camisas: los mismos paisanos tomaban posiciones belicosas.

No habia una persona que no quisiera andar á porrazos por defender la propiedad de un hombre cuyos bolsillos estaban tan llenos de oro.

Enrique tenia tambien la apariencia de sufrir las consecuencias.

Habia dejado en el suelo su pequeño equipaje mirando de frente á la amenazadora multitud.

El inglés asomó de nuevo la cabeza á la ventanilla: esta vez espresaba su fisonomía impaciencia y mal humor.

—Y bien, dijo con un acento británico muy pronunciado, ¿acabaremos?

Esta palabra fué como una señal; el conductor y el postillon por un lado y la muchedumbre por otro, rodearon al mismo tiempo á Enrique. Este se defendia con valor, y á pesar de la desigualdad de la

lucha, hizo que sus numerosos adversarios permanecieran por dos ó tres segundos á una distancia respetable.

El rostro de milor se encendió.

—¡Aohl... hizo modulando tres notas distintas; esta famosa exclamacion que Beaumarchais no conocia cuando hizo de la palabra goddam el fondo de la lengua inglesa.

En aquel momento Enrique, reducido al último extremo, se apoyaba en la pared, dando cada puñetazo que hacia rodar á los mas fuertes hasta el medio del arroyo.

—¡Aohl... repitió el inglés.

Su cabeza volvió á esconderse de nuevo en la berlina, oyéndose casi en el mismo instante un silbido agudo. Los dos negros aparecieron casi por encanto en las portezuelas.

Milor pronunció algunas palabras; los dos negros se lanzaron en medio de la lucha.

El conductor fué rechazado por una parte, aunque no sin algun trabajo, y la muchedumbre por la otra; aun no habia tenido tiempo Enrique de reponerse por aquella inesperada proteccion, cuando uno de los negros lo sujetó por la mitad del cuerpo, llevándolo como en una litera á su señor.

La multitud, batida, aplaudió.

—Deja á ese caballero, dijo el inglés al negro.

Enrique se sintió en seguida en libertad.

—Caballero, le dijo el inglés con una voz dulce hasta casi rayar en cortés, un poco mas de pruden-

cia en la guardia y boxcareis como Colburn. ¿Queréis permitirme que os haga una pregunta?

—Hacedla.

—¿Sois breton?

—No, milor.

—En ese caso me considero muy feliz ofreciendoos un asiento en esta berlina.

—Y yo lo acepto gustosísimo, milor, exclamó Enrique, que recogió su maleta.

Uno de los negros abria la portezuela y Enrique se instaló triunfalmente en la berlina.

Iba á comenzar de nuevo á demostrar su agradecimiento, cuando observó que milor no le prestaba atencion. Milor miraba con el mayor cuidado al otro lado de la calle, donde la concurrencia hacia sus preparativos de marcha.

Era un pobre carruajillo estrecho é incómodo, arrastrado por dos caballos que hacia avergonzarse el atalaje de la diligencia.

Para imitar en todo á un opulento rival, estaba dividida tambien la competencia en tres departamentos; pero en cada una de aquellas cajas no habia mas que dos asientos de frente.

Lo que en aquel momento llamaba la atencion del inglés, eran dos sombreritos de paja que se veian á medias en la rotonda de la concurrencia.

Enrique no veia nada de esto. Pero los sombreros cubrian las cabezas de dos niñas que el inglés habia visto en el momento que subian al carruaje.

Preciso era que aquellas niñas fuesen muy en-

cantadoras para atraerse su atención hasta tal extremo, porque podemos decir que Milor no perdía nunca por tan poca cosa su flema británica y su habitual indiferencia.

La percalina que servía de cortinilla á la concurrencia cayó; los dos sombreros de paja desaparecieron. Los negros se habían ido como habían venido.

Con este pequeño é insignificante incidente tenía la buena ciudad de Rennes motivo de conversación para todo el día y aun para algunos más. Cuando la diligencia arrancó definitivamente, salió de entre la multitud un grito de aclamación.

El inglés se recostó en uno de los rincones de la berlina y cerró los ojos como si hubiese olvidado completamente la presencia de su compañero de viaje, nuestro amigo Enrique Moreau.



## IX.

## MILOR.

Mozos, mendigos y ciudadanos permanecieron todavía algunos minutos delante del patio de las mensajerías. Preciso era hablar algo del dramático incidente que había señalado la partida del carruaje. Todos tenían motivo para decir una palabra acerca del inglés. Y como el ocioso lanzado por Enrique al arroyo tenía todo el mal gusto de quejarse, los sábios de la asamblea le respondían que siempre se ganan semejantes limosnas cuando se quiere mezclarse en los negocios ajenos.

Mientras que la concurrencia partía en medio del ruido, su modesta rival la competencia emprendía á su vez la marcha. La competencia había ido á establecerse frente de las mensajerías para atraerse los viajeros por la baratura de los precios. Sus